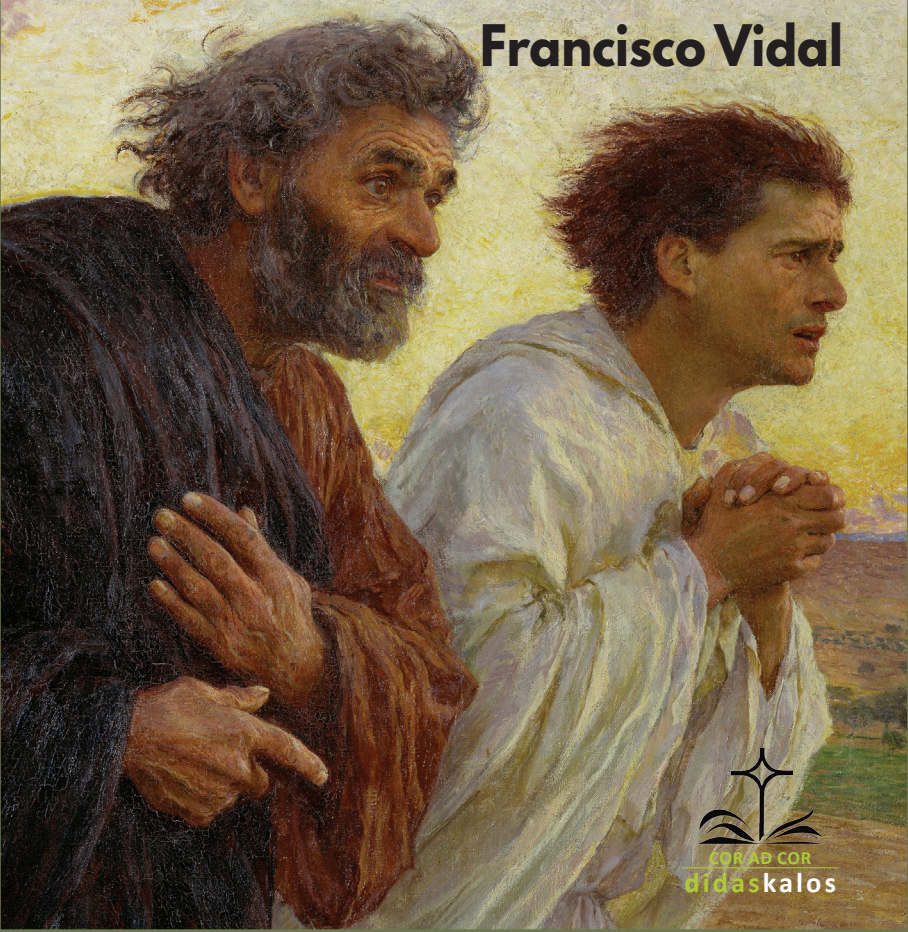
Del desierto al jardín

el camino de la Pascua

Francisco Vidal

COR AD COR
didaskalos
5



COR AD COR
didaskalos

FRANCISCO VIDAL

DEL DESIERTO AL JARDÍN

El camino de la Pascua

COR AD COR
didaskalos

Imagen de portada: "Los discípulos Pedro y Juan corriendo al sepulcro en la mañana de la resurrección" del autor Eugène Burnand

Autor: © Francisco Vidal

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-1944-2021
ISBN: 978-84-17185-57-2

Maquetación: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Con gratitud a Robus y Mercedes
por su colaboración y amistad

Índice

		Págs.
	Introducción	9
1.	El desierto: Tentación y Gracia	13
2.	El vergel, lugar de exceso de Dios	17
3.	La montaña, lugar del encuentro	21
4.	Betania, un hogar para el amigo	25
5.	El lago, donde nació la amistad	29
6.	El Monte tabor, lugar de luz	33
7.	Otro monte, el de los olivos	37
8.	En el monte, la sobreabundancia	41
9.	En la vía dolorosa, María	45
10.	El lugar de las lágrimas	49
11.	La puerta de la humildad	53
12.	Preparando el Cenáculo	57
13.	Profecía de traición	61
14.	La cruz desde el Cenáculo	65
15.	*Facite*	69
16.	De rodillas ante la cruz	73
17.	El costado abierto de María	77
18.	El sepulcro vacío	81
19.	La primera testigo	85

Págs.

20. Mañana de carreras 89
21. Y esto, ¿va conmigo? 93
22. Un camino de ida y vuelta 97
23. La verdadera paz 101
24. Un cordero que ilumina. 105
25. *Misericordias Domini in aeternum cantabo* . . . 109
26. ¿Quién nos moverá la piedra? 113
27. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado?. 117
28. ¿No ardía nuestro corazón? 121
29. ¿De qué venís hablando por el camino? . . . 125
30. ¿No era necesario?. 129
31. ¿Por qué os alarmáis? 133
32. ¿Tenéis algo de comer? 137
33. ¿A quién buscas?. 141
34. ¿Por qué me has visto has creído? 145
35. Muchachos, ¿tenéis pescado?. 149
36. ¿Me amas?. 153

Introducción

Las miradas cargadas de impresión de los apóstoles Pedro y Juan camino del sepulcro nos lanzan a ponernos de nuevo en camino. Esta vez se trata de un camino de transformación sensacional pues comenzamos en el desierto y culminamos en el jardín.

Entre el punto de salida y la meta recorreremos distintos lugares. Nos adentraremos en tiempos concretos, nos plantearemos grandes preguntas. Eso es lo nuestro, lo humano que está llamado a convertirse en divino. Ese es el camino propio del hombre. Ese es el camino de la Pascua.

Al preguntarse por el motivo de la encarnación San Atanasio afirma que el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios. Y eso no se hace de manera inmediata. Al asumir la carne asume el tiempo. Así en Cristo vemos lo que Dios quiere hacer en nosotros. Y San Ignacio de Antioquía enfatizaba: "Hay un solo médico, carnal y espiritual, creado e increado, que en la carne llegó a ser Dios, en la muerte vida verdadera, de María y de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo, nuestro Señor".

Nuestra mirada la ponemos en Cristo resucitado pues lo que sucede en Él puede suceder en nosotros. Es más, Dios quiere que suceda en nosotros. Y si queremos y le dejamos va a ir sucediendo poco a poco, gracia a gracia, paso a paso.

Nuestro camino comienza en el desierto, ese lugar sin árboles, sin agua, lugar sin referencia ni cobijo. Como alertaba el P. Juan Antonio Granados en el libro de *Los siete días en Cristo, fórmula de la creación,* el desierto es el lugar en el que el mal desear de Adán y Eva torció el designio del fruto abundante y torciéndolo perdieron la luz para entrar en comunión con lo creado. Quedaron fuera del jardín. Se abocaron al desierto.

Pero Dios va adelante con su plan de salvación y es capaz de transformar el desierto en vergel. Por eso nuestro camino culminará en el jardín donde había un sepulcro, muy cerca del lugar donde estaba plantado el árbol de la cruz. En aquel jardín la muerte se transformó en vida y de allí brota la redención que le permite al hombre la plenitud. El jardín es nuestra casa. Somos el pueblo de la Pascua. El jardín, como decía el Cardenal Ratzinger, es imagen de un mundo que no es para el hombre una selva, ni un peligro, ni una amenaza, sino su patria que lo mantiene a salvo, que lo nutre y que lo sostiene.

Comenzamos en el desierto, imagen propia de la Cuaresma, para culminar en el jardín, imagen de la Pascua. Este camino es la vida misma. Es el camino de Cristo y es el tuyo y el mío, el nuestro, el de aquellos que llevamos el nombre de cristianos.

Hagamos este camino con María. Ella estuvo de pie junto a la cruz del Señor y esperó la luz y la gloria que brotó del jardín, que ella nos ayude a estar como decía San Ambrosio, "plantados en la casa del Señor, a fin de poder florecer en sus atrios como una palmera". Que ascienda en ti, deseaba el santo, la gracia de la Iglesia, y sea el olor de tu aliento como el de las

manzanas, y tu boca como el mejor vino para embriagarte de Cristo.

Así este camino será un camino lleno de fruto… ¡Y lo nuestro es el fruto!

El P. Paco vuelve a acompañarnos con sus meditaciones para rezar. En este caso en la Cuaresma donde Dios va adelante con su plan de salvación y es capaz de transformar el desierto en vergel. Por eso nuestro camino culminará en el jardín donde había un sepulcro. En aquel jardín la muerte se transformó en vida y de allí brota la redención que le permite al hombre la plenitud. El jardín es nuestra casa.

Comenzamos en el desierto, imagen propia de la Cuaresma, para culminar en el jardín, imagen de la Pascua. Este camino es la vida misma. Es el camino de Cristo y es el tuyo y el mío, el nuestro, el de aquellos que llevamos el nombre de cristianos.

Hagamos este camino con María. Ella estuvo de pie junto a la cruz del Señor y esperó la luz y la gloria que brotó del jardín, que ella nos ayude a estar como decía San Ambrosio, "plantados en la casa del Señor, a fin de poder florecer en sus atrios como una palmera". Que ascienda en ti, deseaba el santo, la gracia de la Iglesia, y sea el olor de tu aliento como el de las manzanas, y tu boca como el mejor vino para embriagarte de Cristo.

COR AD COR
didaskalos

9 788417 185572